

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

18



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1977

*Invita* al Comité del Derecho del Mar a continuar sus estudios sobre esta cuestión a fin de someter sus proposiciones, las que buscarían el llevar un equilibrio justo, por una parte, entre los intereses de la navegación oceánica, y en el otro aspecto, los otros intereses en relación con el mar.

#### DERECHO ESPACIAL

Sobre este tema la Conferencia se pronunció por lo siguiente:

Convencidos de que la radiodifusión por satélites constituye uno de los medios más poderosos para promover el progreso social y cultural de la población del mundo entero;

*Teniendo en mente* la Carta de las Naciones Unidas, los Tratados del Espacio Extra-terrestre y las disposiciones relevantes de la Convención sobre Telecomunicación y de sus Reglas relativas a la Radio;

*Apelando* a la Declaración Universal de Derechos Humanos, el Acuerdo Internacional sobre los Derechos Civiles y Políticos, la Declaración sobre los Principios de Derecho Internacional concernientes a las Relaciones Amistosas y de Cooperación entre los Estados, y las Resoluciones de las Naciones Unidas que son aplicables en el uso de satélites;

*Conviene* en que la Cooperación Internacional es una piedra de toque para el desarrollo y el uso de la radiodifusión por satélites para el beneficio de todos los países, deseando ellos mismos aprovecharse de esta nueva tecnología;

*Considera* que a este nivel, una medida eminente práctica de cooperación debe ser a nivel regional y, en consecuencia, acoger las direcciones que han sido perseguidas o propuestas tendientes hacia obtener una cooperación sobre una base regional;

*Conviene* que bajo los términos del Tratado del espacio extraterrestre;

*Recomienda* que el Comité de Derecho Espacial dirija sus estudios sobre los problemas de la aplicación de los satélites de radiodifusión directa, incluyendo aquéllos concernientes al uso de la órbita geoestacionaria, a fin de preparar un informe a la siguiente Conferencia y sus conclusiones sobre este tema.

#### HACIA UN NUEVO HUMANISMO \*

LICENCIADO LUIS M. FARIAS

Universidad Nacional Autónoma de México  
Ex-Gobernador del Estado de N. L., Mé-  
xico (Discurso pronunciado en la Con-  
vención de los Clubes Rotarios que tuvo lugar  
el 25 de febrero de 1977, en la ciudad de  
Monterrey, N. L.

TANTO SE HABLA de la deshumanización del arte, de lo inhumano de lo frío que es el mundo de los negocios, de la falta de humanidad en la práctica de las profesiones, del crecimiento de lo incesante de la técnica, etc., que se antoja que lo humano se elude, se olvida y tiende a desaparecerse.

Quizás sólo sea aparente, quizás sea una realidad.

De cualquier manera el tema tiene interés, y no es cosa de broma.

Por eso he preferido escribir las cuartillas en lugar de improvisar un discurso.

Además estoy fuera de práctica en esto de improvisar y, por añadidura, conforme se va uno haciendo viejo, se va uno tornando más parco en el hablar. Al menos eso me pasa a mí, aunque sé que hay quienes cada día son más parlanchines.

Debo decirles que el tema que así, como quien no quiere la cosa, me sugirieron los dos Carlos, amerita largas y cuidadosas horas de meditación y estudio. La atención de otras tareas me han privado de esa oportunidad, de manera que las páginas que hoy lea, serán sólo una mirada superficial a tema de tanta entidad y hondura.

\* Conferencia dictada por el señor licenciado Luis M. Farías, ante rotarios del Distrito 413, en el Casino Monterrey el día 25 de febrero de 1977.

El humanismo es un movimiento surgido a finales de la Edad Media, que alcanza especial vigor en el Renacimiento que se esfuerza por elevar la dignidad de lo humano, volviendo los ojos a la antigüedad clásica.

El humanismo se manifiesta en la literatura, estudiando con pasión a los grandes autores latinos. En la escultura, copiando las obras griegas y latinas. En pintura, viendo al hombre cómo es en su físico desnudo, a la manera como se hacía en la antigüedad. En los estudios filosóficos, revisando los textos de Plotino, de Cicerón y de Carnesdes entre otros, pues ya desde antes conocían a Aristóteles.

La caída de Constantinopla en 1453, dio fuerte impulso a este movimiento de regreso al clacisismo en Italia primero y después en el resto de España ya que de Constantinopla salieron huyendo del dominio turco muchos sabios que poseían excelentes traducciones de los literatos latinos y de los principales pensadores de la Grecia Antigua.

Recibieron la protección de los Médici, que dieron vida a la Academia de Florencia. También en Venecia surgió poco después la Academia Aldina. En ellas, sin estar sujetos a los estrictos métodos de la Universidad Medieval, se difundía el pensamiento griego entre laicos y eclesiásticos por igual, propiciando un gran interés por el hombre como tal, independiente de la idea de Dios. También hubo estudiosos dedicados al conocimiento de las lenguas y pensamiento de oriente. A esos hombres entregados al estudio de los autores antiguos, que ya no relacionan todo con Dios y que no condicionan todo estudio al de la Teología, se les llamó humanistas, y humanismo al movimiento cultural que integraron.

Montaigne dirá que él estudia al hombre como lo encuentra en sí, "sin socorro extraño, armado sólo con sus armas y desguarnecido de la gracia y el conocimiento divino".

En el movimiento renacentista destaca Pico de la Mirándola y Maquiavelo de Italia, Erasmo de Holanda, Montaigne de Francia, Santo Tomás Moro de Inglaterra y Luis Vives de España.

Señalemos aquí, como cosa curiosa, que con ese renacimiento en que se le pierde el respeto a Aristóteles y a sus intérpretes medievales, se inicia la investigación libre que da paso a la ciencia moderna que, con el tiempo, se separa totalmente del conocimiento de las "humanidades", a grado tal que se crean prácticamente dos idiomas: el científico y el humanista, como lo hace resaltar C. P. Snow en su obra *Dos Culturas*, y hará exclamar al que fuera nuestro Presidente, el Lic. López Mateos: "Las ciencias van aleján-

dose las unas de las otras y, como naves en la niebla, apenas si se ubican y reconocen entre ellas por el sonar de sus sirenas que lo mismo pueden anunciar la cercanía de las playas de la vida y la paz, o presagiar la proximidad de las rocas de la guerra y la muerte".

Bertrand Russell opina que la labor de los filósofos humanistas del siglo XVII emancipó a los hombres del dogmatismo de la iglesia de aquel tiempo; pero no los salvó de las supersticiones, la astrología y la brujería. Tampoco ayudó a la moral, pues junto al repudio al dogmatismo estaba la falta de respeto a los códigos de conducta. Pocas veces lo licencioso ha tenido niveles más altos.

Hay que advertir que si llevamos este humanismo renacentista a sus últimas consecuencias, corremos el riesgo de aceptar literalmente la expresión de Protágoras de que: "El hombre es la medida de todas las cosas", o quedarse atorado en el solipsismo, "sólo yo existo" o "yo soy la única realidad". Solipsismo del que salió Descartes, asegurando la existencia de Dios como una necesidad; pues con su *cógito ergo sum*, había cerrado las puertas de su propia cárcel. Le urgía salir de ella y tener contacto con lo real. Se valió de la idea de Dios y poder así asegurar que si tenía "ideas claras y distintas", éstas correspondían a la realidad. Vamos, que el mundo sí existe y es real. Sin esa confianza en lo real a través de Dios se hubiese quedado sumido en que lo único real es que existo yo y existen mis pensamientos, a un paso de la aseveración de Berkeley *esse est percipi*, ser es ser percibido. Las cosas son si yo las percibo, no tienen realidad, la materia no es real, la existencia es ilusión.

Tenemos también el peligro de llegar a la tesis del sofista Gorgias: Nada es; si algo es, es incognoscible; si lo conociéramos, sería incomunicable a los demás. Gorgias va más allá del antropocentrismo de Protágoras, para caer en el nihilismo pleno.

Como consecuencia de un humanismo desbordado, nos dice Ivo Höllhuber, podemos llegar a una antropolatría. También asienta Höllhuber, que por allí vamos hacia el *homo insipiens*, el que no sabe lo que dice, en lugar de alcanzar el *homo sapiens*.

Una vez advertidos de los peligros que se corren, podemos asomarnos a lo que el hombre piensa del hombre, pasaremos a revisar, así sea por encima, las opiniones de algunos de los humanistas más distinguidos. El estudio del hombre nos coloca en la posición única de que lo conocido y el cognoscente se identifiquen.

En la célebre pintura de Rafael en el Vaticano que conocemos como "La

Escuela de Atenas", las figuras centrales son Platón y su discípulo Aristóteles. Platón parece contemplar los cielos en tanto que Aristóteles con gesto enérgico apunta hacia la tierra, hacia la realidad. El genio de la pintura sin profundizar en los textos de los dos titanes del pensamiento griego, tuvo el acierto de señalar la nota distintiva de cada uno. Bastaría recordar que al tratar el tema social, por ejemplo, Platón en su República crea la primera utopía, en tanto que Aristóteles en su Política revisa todas las constituciones hasta entonces conocidas. Deja de lado el utopismo del maestro y establece como fundamentos de la sociedad la familia y la propiedad, indicando de paso que el hombre es un animal social o político.

Había pues de ser Aristóteles, que tenía los pies en la tierra, quien iniciara el estudio del hombre como tema filosófico. Claro que hay incipientes y titubeantes intentos de enfocar la atención sobre lo humano. Así las observaciones, tantas veces vueltas a revivir, que sobre las características de la mano humana con su pulgar oponible y su relación con el desarrollo de la civilización que en el siglo V, antes de Cristo, hizo Anaxágoras; y la reiterada prédica de Sócrates a los jóvenes, para que no olvidaran la inscripción del Templo de Apolo en Delfos, "Conócete a ti mismo". Valga como paréntesis, Anatole France solía burlarse de esta proposición socrática diciendo: "Ignórate a ti mismo, he ahí el primer principio de la sabiduría". Pero el primero en examinar con detenimiento al hombre en lo que tiene de único, en su alma, es Aristóteles en su tratado "De Anima".

Ya a partir del Renacimiento, el estudio del hombre será constante; pero del hombre desde el punto de vista de ser integral, no sólo en su orden físico. Por eso se habla desde hace tiempo de una antropología filosófica, sobre todo a partir de Scheler, el que en el prólogo de su extraordinaria obra *El Puesto del Hombre en el Cosmos*, anunció una más amplia, que habría de titularse precisamente *Antropología Filosófica*. Por desgracia no llegó a publicar dicho libro.

Ya a partir de Dilthey que distingue las ciencias del espíritu de las naturales y más aún con la distinción metodológica de Rickert en Ciencia Cultural y Ciencia Natural, ha sido preciso distinguir la antropología a secas, que es la ciencia del hombre como rama de la zoología, de la antropología filosófica que estudia lo específicamente humano, el espíritu, la conciencia, el ser hombre, ser único, distinto de su aspecto animal, al hombre como ser creador y trascendente, capaz de imprimir su personalidad a las cosas, y capaz de captarse a sí mismo, de reflexionar y de comprenderse.

Para Descartes alma e intelecto se confunden. Hobbes presta a las emo-

ciones tanta atención como a la razón. Locke y Hume enderezan su atención al entendimiento como facultad de pensar y conocer.

Emmanuel Kant ha sido uno de los filósofos con mayor influencia en el pensamiento moderno. Su preocupación fundamental es el conocimiento. ¿Cómo es que conocemos? ¿Cómo sé que ese conocimiento no es erróneo? La epistemología es, pues, el meollo de su pensamiento; pero está consciente de que es el hombre el que conoce y por eso en un pasaje nos dice que la filosofía ha de responder a cuatro preguntas:

1. ¿Qué puedo yo saber?
2. ¿Qué debo hacer?
3. ¿Qué puedo esperar?
4. ¿Qué es el hombre?

A la primera responde la filosofía, a la segunda la moral, a la tercera la religión y a la cuarta la antropología. Pero en el fondo podría atribuirse todo a la antropología, pues las tres primeras preguntas se refieren a la cuarta."

A pesar de esta afirmación, al desarrollar su doctrina enfoca toda su atención hacia el conocer y no hacia el hombre. Claro que al hablar de moral no puede dejar de tocar al hombre, pero pretende que la moral es autónoma y que el hombre debe cumplirla conforme a lo que él llama imperativo categórico, que enuncia de la siguiente manera: "Obra de tal modo que la máxima de tu voluntad pueda valer como principio de legislación universal". Nada más que ese imperativo que él llama categórico a veces se cumple y a veces no. Y la verdad es que si es categórico se ha de cumplir siempre y si no se cumple siempre no es categórico.

Nietzsche más que creer en el hombre, crea el superhombre. Un ser creador de valores de poderosa individualidad que no tiene deberes para con los inferiores, que está más allá del bien y del mal, ajeno y aun opuesto a la moral tradicional. Para él hay dos morales; la del Señor, por sí y para sí; y la del esclavo, moral para débiles y resentidos.

Dilthey, identifica al hombre con su historia, que se torna en substancia del hombre, no es que el hombre tenga historia, el hombre *es* historia, o sea, vida.

Marx niega el espíritu en el hombre y lo declara un ser económico, sujeto al proceso histórico. La historia sigue la dialéctica hegeliana: Tesis, Antítesis, Síntesis.

Arturo Schopenhauer explica el mundo por el hombre. Todo lo externo es represión, es fenómeno, apariencia, engaño. El yo es voluntad de vivir. Esta voluntad es en sí, es realidad y no apariencia. La realidad, el mundo y el yo no son sino voluntad. El conocimiento sigue una cadena continua de causalidad, sin detenerse en una causa primera.

La voluntad provoca insatisfacción y dolor. El hombre debe tender a aliviar ese dolor en sí y en los demás, de ahí que el sentimiento moral sea la compasión.

Pero tanto la compasión como el estudio de la ciencia y la filosofía, no vienen a ser sino remedios pasajeros, sólo negando la voluntad de vivir se puede dar fin al dolor. En esto podemos apreciar la gran influencia que tenía en Schopenhauer, la filosofía hindú, particularmente el budismo, pues esta negación de la voluntad se asemeja al nirvana.

Para Max Scheler, el hombre es superior así mismo y al mundo. Su nota sobresaliente es el ascetismo, su capacidad de "decir no a la vida". El animal lleva una conducta guiada por el hábito y el instinto. El hombre aun ante los reclamos de su cuerpo, puede rechazarlos. Es el único ser que puede comer sin tener hambre, y puede también abstenerse de probar bocado, a pesar de padecer dolores por el hambre. Su espíritu supera la fuerza de lo material y mundano.

Aloys Müller estima que, a diferencia del animal que es dominado por la vida, el hombre elabora con libertad su propia vida, mediante decisiones tomadas sobre la base del conocimiento.

En Karl Mannheim hallamos la idea de que el hombre está predeterminado por la sociedad. Sería un error, nos dice, afirmar que el individuo aislado piensa, más bien participa del pensamiento que otros hombres han pensado antes que él, a los que cuando mucho puede añadir lo adecuado a la circunstancia.

Para el creador del existencialismo, Sören Kierkegaard, el sentido de la existencia se cumple al afirmar lo subjetivo, en lo profundo del sentimiento individual y en el interés en el destino propio. En ese sentimiento hay conciencia de pecado y por tanto insatisfacción y una sensación de angustia que es sensación de desamparo, donde la subjetividad del hombre se halla suspendida en la nada que no debemos confundir con el miedo. La angustia salva al hombre de lo finito y sus engaños.

Heidegger, acaso el más notable existencialista, cree que la esencia del hombre es existir, y sólo el hombre existe verdaderamente. El hombre existe

en el mundo adonde fue lanzado sin conocerlo. Así el mundo se torna motivo de preocupación. La angustia tiene valor educativo según este pensador, pues nos revela la nada como su causa y a su lado surge la esperanza. Para hacerlo comprensible García Morente nos dice que la angustia es el ansia de ser y el temor de dejar de ser.

Ortega y Gasset, el fecundo pensador matritense es vitalista y dedica muchas páginas al tema del hombre, si bien critica con acritud el humanismo renacentista. Estima él que hay tres zonas de la personalidad: una zona vital, otra anímica, y una tercera espiritual. Una parte de la psique vive infusa en el cuerpo es la vitalidad donde se funden lo corporal y lo espiritual.

La zona del alma, intermedia, es campo de los sentimientos, de los impulsos, y apetitos, de los deseos y emociones. Esos estados son míos; pero no son yo. El espíritu es el yo y está por encima.

"Llamo espíritu —escribe Ortega— al conjunto de actos íntimos de que cada uno se siente verdaderamente autor y protagonista. El ejemplo más claro es la voluntad. Ese hecho lo expresamos con la frase *yo quiero*, . . . como emanación de un punto céntrico en nosotros, que es lo que estrictamente debe llamarse yo."

El hombre no es cosa ninguna, sino un drama. El hombre se hace a sí mismo. El yo de cada hombre es el programa vital que ha adoptado, el hombre que ha resuelto ser. Así, el hombre no es, sino que va siendo. No es, vive. No tiene naturaleza, tiene historia.

Don Miguel de Unamuno, gran planteador de problemas, cree en el hombre de carne y hueso y no en el hombre abstracto. Sostiene que se debe pensar y creer con todo el cuerpo y con toda el alma y no sólo con la cabeza. Declara a la razón enemiga de la vida. La razón es explicación lógica de todo y al individuo lo disuelve en lo universal; la vida es alógica, es continuo fluir, es individualidad, es fe. La razón dirá que esto es absurdo, la vida que porque es absurdo es verdadero.

La fe es voluntad de creer. Fe a toda costa, a cualquier precio. El pragmatismo de Unamuno se opone al pragmatismo angloamericano que busca producir bienestar material para todos, en tanto que el de Unamuno busca producir para el bien del espíritu y vivir luego como se pueda.

Para el existencialista francés Jean Paul Sartre, el hombre existe y luego decide ser esto o aquello, creando así su propia esencia. Es libre para elegir, cada hombre se elige su ser. La angustia nace precisamente de que el hombre no es, sino que se hace y al hacerse se hace responsable por todo el género

humano, sin apoyo exterior. Recordamos que para Dostoiewsky cada hombre lleva sobre sus espaldas los pecados de la humanidad.

Según Karl Jaspers la pregunta por el ser, es pregunta humana, no es pregunta de un objeto sobre otro, sino de una entidad (el hombre) que es fundamentalmente existencia, que se encamina a su propia trascendencia.

La ayuda trascendente se le revela al hombre únicamente en la circunstancia de que él puede ser el mismo y sólo es perceptible en la libertad.

Para Eduardo Nicol "el hombre es el ente que integra su futuro en el presente". O sea que el hombre en cada momento es inacabado, tiene futuro, puede irse haciendo a sí mismo. La vida pues tiene intención, tiene sentido, al haber esta dualidad de ser y poder ser. Hay un querer ser, que se basa en el poder ser, para lograr el llegar a ser. La vida del hombre es un continuo ir haciéndose, la vida es acción. Para él es obligado que el hombre se halle en una situación determinada a cada momento, que al ser vivida por el hombre es para él, situación vital y de esa situación vital parte para ser lo que quiere ser.

Don Antonio Caso decía que toda filosofía es en cierto modo humanismo. La existencia es economía, pero también desinterés y caridad. La sociedad justa será aquella que respete los fueros de la personalidad.

Para el argentino Francisco Romero, el fundamento de lo humano es la capacidad de percibir objetivamente. Luego el hombre es el ser capaz de percibir objetos y juzgar sobre ellos. Es un ser que es sujeto.

Martin Buber dice que la nota distinta de lo humano es lo que sucede entre el hombre con el hombre. El hecho fundamental no es pues el individuo aislado, ni tampoco la colectividad. Aislado es trunco, incompleto; en sociedad está disuelto y es impersonal.

También Xavier Zubiri nos dice que "existir es existir con... con cosas, con otros, con nosotros mismos".

Paul Natorp por su cuenta afirma que el individuo humano separado de la sociedad no existe, es sólo una abstracción mental. Recuerdo cómo insistía en clase el Maestro Recasens, que el hombre, si aislado en una campana de cristal, podrá ser ángel o ser bestia, pero nunca hombre. El hombre es pues un individuo socializado, un individuo de la humanidad.

Al dedicarme un ejemplar de su valioso estudio *Filosofía del Hombre*, Agustín Basave escribió: "...esta obra contiene mi mensaje más personal..." revelando con ello que el principal objeto de sus meditaciones es el hombre.

Con hondura y decisión, con apasionado entusiasmo bucea en las profundidades del ser del hombre, el profesor regiomontano. Apunta que "el hombre es un ser bifronte, anfibio. Vive en dos mundos —que en él se encuentran— sin poder vivir bien en ninguno de los dos. Es natura y es cultura. Está parcialmente determinado por su animalidad y es, a la vez, libertad. Mientras el animal viene definido, el hombre viene tan sólo bosquejado. Su desequilibrio proviene de tensión constante entre su desamparo ontológico y su afán de plenitud subsistencial".

El hombre es irremplazable. Por imperfecto que sea no puede substituirse por otro igual. El hombre imprime su yo a los demás seres, puede humanizar las cosas, y sin embargo, el hombre no se cosifica, no toma personalidad de las cosas, no se hace cosa. El hombre se educa no sobre la base de imitación, como el animal que a fuerza de ver repetida una acción la repite en imitación, sino observando y tratando de entender, relacionando, depositando en la memoria los datos esenciales para cuando sean aprovechables, en un ejercicio de libertad.

La educación en el hombre faculta al alumno para la acción libre. En tal sentido se ha dicho que educar viene así a ser una preparación para la libertad.

El hombre, ser gregario, insuficiente, necesitado de compañía, vive en sociedad y se mantiene en relación con otros iguales a él.

La razón me está diciendo que si soy hombre soy igual a los demás hombres y que éstos tienen los mismos derechos que yo ante la vida y la existencia. Las pasiones —que parecen ser innatas al hombre— aun nos dominan y se imponen sobre la razón. La envidia, la ira y sobre todo la soberbia, levantan al hombre contra el hombre y arman a las naciones contra las naciones.

La soberbia es "primero en todo lo malo". Creerse el primero es siempre el mayor pecado, el primero desdeña al segundo y cada quien se juzga el primero.

A la soberbia se une con facilidad la ira y un soberbio iracundo es cosa de temer. Si vence a su enemigo sigue iracundo, y si es vencido, alimenta su soberbia aún más con la envidia.

Por eso Antonio Caso decía que "el vértigo moral de los pueblos se ciñe al triunvirato diabólico de los pecados".

A pesar de la celeridad y eficacia de las comunicaciones, no obstante la

facilidad de viajar y conocer a los demás, el sentimiento de solidaridad y el radio de emoción vital del hombre siguen teniendo muy poco alcance.

Inútil habría sido hablarle de humanidad y aun de nacionalidad al hombre de las cavernas. Para él no había más que "su familia", integrada por él, la mujer que con él habitaba y sus hijos más pequeños y por ende indefensos. Mucho tiempo debió transcurrir para que ese ser primitivo extendiera la noción de "familia" hasta abarcar a los hijos de sus hermanos y a los padres ancianos. Luego se extenderá el clan familiar y surgirá la villa, cuando de trashumante pasa a sedentario.

Todavía en la Edad Media, tan cerca a nuestro tiempo, la solidaridad gremial atada con ligas mucho más fuertes que la vida en el burgo.

La idea de nación es moderna, como bien sabemos y aun el sentimiento nacional no deja de ser un *egoísmo* agrandado que fácilmente se exalta con las mismas violentas pasiones del alma humana individual, "la diabólica trilogía del pecado".

El hombre en la sociedad contemporánea con frecuencia se ve deshumanizado, convertido en cifra y al servicio de estructuras de poder que ambicionan cada vez un poder más amplio y más cabal.

El adelanto técnico nada tiene que ver —por desgracia— con la moral. Cada nuevo invento trae consigo un aumento en la ambición de los detentadores del poder. Cada avance parece traer consigo el aviso de una guerra más grande que la anterior, presagio del holocausto universal.

El origen de estas pasiones yace en la educación. La solución está también en la educación. Cada nación enseña una historia "nacional" que exalta lo propio y denigra lo ajeno. La exaltación de sí abre paso a la soberbia; al denigrar lo ajeno va sembrando en campos fértiles —las mentes infantiles y juveniles— la semilla del odio.

El nacionalismo en sí no es malo, sino en tanto que integración social parcial, escalón en la integridad mayor que es la humanidad, resulta algo muy positivo y conveniente.

Lo que es negativo y un estorbo serio para lograr la armonía y la suma de esfuerzos de todos los hombres en bien de todos, es el nacionalismo xenófobo que fomenta la vanidad y propicia la soberbia.

Debemos educar para unir a los hombres y no para dividirlos. Urge que la historia que se enseña sea "universal", imparcial, objetiva y sirva real-

mente como "maestra de la vida" como lo quería Cicerón y no como fomento del resentimiento y acicate para la venganza.

La educación para el hombre nuevo, para el humanista puro, habrá de ser mediante la prédica del bien, de la justicia, de la verdad y del perdón.

No intentarlo es continuar en la vendetta, en el lavado de "afrentas" reales o imaginadas. Un pleito conduce a otro, una pendencia a otra pendencia, y quizá a más. La ira llama y alimenta la ira. Así seguiremos como el cuento de nunca acabar.

Hay que cortar por lo sano. Si nos sabemos hermanos, actuemos como hermanos. Ascendamos en lo moral por el camino del bien, al mismo tiempo que ascendemos en el conocer por el camino de la ciencia.

Esa deberá ser la enseñanza del humanismo que aspira a elevar al hombre en lo que tiene de más valioso.